

EL APÓSTOL NÚMERO 13

Michel Benoît

El tren corría veloz en la noche de noviembre. Echó un vistazo al reloj: como siempre, el expreso de Roma había acumulado un retraso de dos horas en el trayecto italiano. Suspiró: no llegarían a París antes de las veintiuna horas...

Se arrellanó en su asiento y pasó el índice entre el cuello de celuloide y la piel. El padre Andrei no estaba habituado a llevar clergyman; solo se lo ponía cuando tenía que salir de la abadía, lo que ocurría raras veces. ¡Y aquellos vagones italianos debían de ser de la época de Mussolini! Asientos de imitación de cuero, duros como los sillones de un locutorio de monasterio, una ventana que se podía bajar hasta la barra de apoyo, colocada muy baja, sin aire acondicionado...

En fin, ya solo faltaba una hora. Las luces de la estación de Lamotte-Beuvron acababan de desfilarse a toda velocidad: en las largas rectas de Sologne, el expreso siempre alcanzaba la velocidad máxima.

Al ver agitarse al sacerdote, el fornido viajero que se encontraba sentado frente a él levantó sus ojos marrones del periódico y le dirigió una sonrisa que no iluminó su rostro de tez mate.

«Sonríe solo con los labios —pensó Andrei—. Sus ojos siguen tan fríos como un guijarro a orillas del Loira...»

El expreso de Roma transportaba a menudo a una población clerical que le hacía parecer una sucursal del Vaticano, pero aquel día en su compartimiento solo estaban él y esos dos hombres silenciosos: las otras plazas, a pesar de estar reservadas, habían permanecido vacías desde la partida. Andrei echó una ojeada al segundo pasajero, hundido en el ángulo del rincón del pasillo: un poco mayor, elegante y rubio como el trigo. Parecía dormir; tenía los ojos cerrados, pero de vez en cuando su mano derecha tamborileaba sobre la rodilla, mientras la mano izquierda marcaba acordes en el muslo. Desde la salida solo habían intercambiado algunas frases corteses en italiano, y Andrei había notado que tenía un fuerte acento extranjero, sin poder identificarlo. ¿Europa del Este? Su rostro era juvenil, a pesar de la cicatriz que partía de la oreja izquierda y se perdía en el oro de sus cabellos.

Esa costumbre que tenía de observar los pequeños detalles... Sin duda le venía de toda una vida inclinado sobre los manuscritos más oscuros.

Apoyó la cabeza contra el vidrio y miró distraídamente a la carretera, que corría paralela a la vía del tren.

Hacía ya dos meses que debería haber devuelto a Roma, traducido y analizado, el manuscrito copto de Nag Hamadi. Había realizado la traducción rápidamente. ¡Pero el informe de análisis...! Andrei no había llegado a redactarlo. Era imposible decirlo todo, y menos por escrito.

Demasiado peligroso.

Entonces le habían convocado. En los despachos de la Congregación para la Doctrina de la Fe —la antigua Inquisición—, no había podido eludir las preguntas de sus interlocutores. Hubiera deseado no hablarles de sus hipótesis, refugiarse en los problemas técnicos de la traducción. Pero el

cardenal, y sobre todo aquel temible minutante,* le habían acorralado y le habían obligado a decir más de lo que quería. Luego le habían interrogado sobre la losa de Germigny, y los rostros se habían endurecido un poco más.

Finalmente había ido a la reserva de la Biblioteca Vaticana. Allí, el pasado doloroso de su familia se le había hecho presente de nuevo de un modo brutal —tal vez era el precio que debía pagar por ver, al fin, la prueba material de lo que sospechaba desde hacía tanto tiempo—. Entonces había tenido que abandonar precipitadamente San Girolamo y coger el tren hacia la abadía: se encontraba en peligro. Lo que quería era paz, solo la paz. No estaba en su lugar en medio de las maquinaciones, en Roma no se sentía como en casa, pero ¿se sentiría como en casa en algún sitio? Al entrar en la abadía, había cambiado de patria por segunda vez y la soledad le había embargado.

Ahora el enigma estaba resuelto. ¿Qué le diría al padre Nil a su vuelta? Al discreto Nil, que había recorrido ya, a solas, una parte del camino... Le pondría en la buena vía. Nil debería encontrar por sí mismo lo que él había descubierto en el curso de toda una vida de investigaciones.

Y si le ocurría algo... Entonces Nil sería digno de transmitirlo a su vez.

El padre Andrei abrió su bolsa y revolvió dentro bajo la mirada impasible del pasajero que tenía enfrente. Al fin y al cabo, resultaba agradable que solo fueran tres en un compartimiento previsto para seis. Así había podido quitarse la chaqueta del clergyman, demasiado nuevo, y colocarla recta, sin arrugarla, sobre el asiento vacío. Acabó por encontrar lo que buscaba: un lápiz y

* Secretario de una congregación romana, de rango inferior, que redacta las «minutas» de las actas pontificias.

un pedazo de papel. Rápidamente anotó unas palabras; apoyando el papel en el hueco de la mano izquierda, dobló instintivamente los dedos por encima y echó la cabeza hacia atrás.

El eco del ruido del tren rebotando en los árboles al borde de la carretera producía un efecto amodorrante. Sintió que se adormecía...

Entonces todo ocurrió con extrema rapidez. El viajero de enfrente dejó tranquilamente su diario y se levantó. En el mismo momento, en el rincón del pasillo, el rostro del rubio se petrificó. El hombre se incorporó y se acercó como si fuera a coger algo de la malla por encima del sacerdote. Andrei levantó instintivamente la mirada: la malla estaba vacía.

No tuvo tiempo de reflexionar: los cabellos dorados se inclinaron hacia él y vio cómo la mano del hombre se movía hacia la chaqueta colocada sobre el asiento.

De pronto se hizo la oscuridad: le habían echado la chaqueta sobre la cabeza. Andrei sintió dos brazos musculosos que le abrazaban, apretándole la prenda contra el torso, y le levantaban en el aire. Su grito de estupefacción quedó ahogado por la tela. Un instante después se encontró de cara al suelo, oyó el chirrido de la ventana que bajaba,

percibió el metal de la barra de apoyo contra las caderas. Se debatió, pero toda la parte superior de su cuerpo estaba suspendida en el vacío, fuera del tren, y el viento le azotaba con violencia sin apartar los pliegues de la chaqueta, que una mano firme mantenía apretada contra su rostro.

Se ahogaba: «¿Quiénes son? Hubiera debido imaginarlo, después de tantos otros desde hace dos mil años. Pero ¿por qué ahora, y por qué aquí?».

Su mano izquierda, atrapada entre la barra de apoyo y el vientre, permanecía crispada sobre el papel.

Sintió que le inclinaban hacia delante.

Monseñor Alessandro Calfo estaba satisfecho. Antes de abandonar la gran sala oblonga próxima al Vaticano, los Once le habían dado carta blanca: no podían correr ningún riesgo. Desde hacía cuatro siglos eran los únicos en velar por el tesoro máspreciado de la Iglesia católica, apostólica y romana. Los que se acercaban demasiado a él debían ser neutralizados.

Calfo se había guardado bien de explicárselo todo al cardenal. ¿Podría preservarse mucho tiempo el secreto? Pero si aquello se divulgaba, sería el fin de la Iglesia, el fin de toda la cristiandad. Y un golpe terrible para Occidente, que ya se encontraba en muy mala posición frente al islam. Una inmensa responsabilidad descansaba sobre los hombros de doce hombres: la Sociedad San Pío V había sido creada con el único objetivo de proteger ese secreto, y Calfo era su rector.

Ante el cardenal, se había contentado con afirmar que no existían de momento más que indicios dispersos, que solo algunos eruditos en el mundo eran capaces de comprender e interpretar. Pero había ocultado lo esencial: si aquellos indicios, ligados entre sí, se ponían en conocimiento del gran público, podrían conducir hasta la prueba absoluta, indiscutible. Por eso era importante que las pistas existentes permanecieran dispersas. Cualquiera que tuviera la malicia suficiente

—o fuera simplemente bastante perspicaz— para reunir las, se encontraría en situación de descubrir la verdad.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y se plantó ante el crucifijo ensangrentado.

—¡Maestro! Tus doce apóstoles velan por ti.

Maquinalmente hizo girar el anillo que llevaba en el anular derecho. La piedra preciosa, un jaspe verde oscuro salpicado de manchas rojas, era anormalmente gruesa —incluso para Roma, donde los prelados son aficionados a los símbolos ostentosos—. A cada instante, esa venerable joya le recordaba la naturaleza exacta de su misión.

¡Cualquiera que llegue a desvelar el secreto debe ser consumido por él y desaparecer!

El tren avanzaba a toda velocidad por la llanura de Sologne como una serpiente luminosa. Con el cuerpo doblado por la mitad y el torso azotado por el viento, el padre Andrei resistía a la presión de las dos manos firmes que le empujaban al abismo. De pronto, el monje relajó los músculos.

«Señor, te he buscado desde la aurora de mi vida, que ahora llega a su final.»

Con un grito sordo, el viajero fornido lanzó a Andrei al vacío mientras tras él su compañero, inmóvil como una estatua, contemplaba la escena.

Como una hoja muerta, el cuerpo giró en el aire y fue a aplastarse contra el balasto.

El expreso de Roma trataba decididamente de recuperar su retraso: en menos de un minuto solo quedó sobre la vía un pelele dislocado entre los remolinos de aire glacial. La chaqueta había volado lejos. Curiosamente, el codo izquierdo de Andrei había quedado atrapado entre dos traviesas: su puño, crispado aún sobre el pedazo de papel, apuntaba ahora hacia el cielo negro y mudo, en el que las nubes se desplazaban pesadamente hacia el este.

Un poco más tarde, una cierva salió del bosque cercano y se acercó a husmear aquel objeto informe que olía a hombre. El animal conocía el olor acre que desprenden los humanos

cuando han tenido mucho miedo. La cierva olfateó largamente el puño cerrado de Andrei, grotescamente elevado hacia el cielo.

De pronto levantó la cabeza y luego saltó de lado y corrió a refugiarse bajo los árboles. Un coche la había iluminado con sus faros y ahora frenaba bruscamente en la carretera que quedaba más abajo. Del vehículo salieron dos hombres, que treparon por el terraplén y se inclinaron sobre el cuerpo informe. La cierva se inmovilizó: los hombres habían descendido de nuevo y se habían quedado de pie junto al coche charlando con animación.

Cuando vio el reflejo de las luces de emergencia de la gendarmería que se aproximaban muy deprisa por la carretera, saltó de nuevo y desapareció en el bosque oscuro y silencioso.

Evangelios de Marcos y Juan

Con una mueca volvió a subir el cojín, que se le escurría bajo la cadera. Solo los ricos tenían costumbre de comer así, a la moda romana, medio tendidos sobre un diván: los judíos pobres, como ellos, hacían sus comidas agachados en el suelo. Aunque había sido él quien había querido conferir cierta solemnidad a aquella cena. Su prestigioso anfitrión había hecho bien las cosas, pero los Doce, tendidos en torno a la mesa en forma de U, se sentían un poco perdidos en aquella sala.

Aquel jueves por la noche, 6 de abril del año 30, el hijo de José, a quien todos en Palestina llamaban Jesús el nazareno, se disponía a tomar su última cena rodeado del grupo de sus doce apóstoles.

Apartando a los otros discípulos, estos habían formado en torno a él una guardia próxima limitada exclusivamente a ellos, los Doce: una cifra de elevado simbolismo que remitía a las doce tribus de Israel. Cuando tomaran por asalto el Templo —el momento estaba próximo—, el pueblo comprendería. Entonces serían doce para gobernar Israel en nombre del Dios que había dado doce hijos a Jacob. En aquello estaban todos de acuerdo. Ahora bien, a la derecha de Jesús —cuando reinara—, solo habría un lugar, y los Doce se

enfrentaban ya violentamente para ver quién de ellos sería el primero.

Después de la revuelta que debían desencadenar aprovechando la agitación de la Pascua. Al cabo de dos días.

Al abandonar su Galilea natal para ir a la capital, se habían vuelto a encontrar con su anfitrión de aquella noche, el judeo propietario de la hermosa casa del barrio oeste de Jerusalén. Él era un hombre rico, educado, incluso cultivado; el horizonte de los Doce

no iba más allá del extremo de sus redes de pescar.

Mientras sus sirvientes traían los platos, el judeo permanecía silencioso. Rodeado de aquellos doce fanáticos, Jesús corría un peligro inmenso: su asalto al Templo se saldaría evidentemente con un fracaso... Tenía que ponerle al abrigo de sus ambiciones; aunque para eso hubiera tenido que aliarse provisionalmente con Pedro.

Había conocido a Jesús dos años antes, a orillas del Jordán. El judeo, antiguo esenio, se había convertido en nazareo, una de las sectas judías que proclamaban su adhesión al movimiento baptista. Jesús lo era también, aunque nunca hablara de ello. Rápidamente entre los dos se había instaurado una complicidad formada de comprensión y mutua estima. Él afirmaba que era el único que había comprendido verdaderamente quién era Jesús. Ni una especie de Dios, como algunas gentes del pueblo habían proclamado después de una curación espectacular, ni el Mesías, como hubiera querido Pedro, ni el nuevo rey David, como soñaban los zelotes.

Él era otra cosa, que los Doce, obnubilados por sus sueños de poder, no habían siquiera entrevisto.

El judeo se consideraba superior a ellos, y decía a quien quisiera oírle que era el «discípulo bienamado» del Maestro; mientras que, desde hacía meses, a Jesús cada vez le costaba

más soportar a su banda de galileos ignorantes y ávidos de poder.

Furor de los Doce, que veían cómo un pretendiente más se instalaba de pronto donde ellos nunca habían llegado: en la intimidad del Nazareno.

El enemigo en el seno del grupo era, pues, ese pretendido discípulo bienamado. Él, que no había abandonado su Judea, presumía de haber comprendido mejor a Jesús que todos ellos, que le habían seguido constantemente por Galilea.

Un impostor.

En aquel momento estaba tendido a la derecha de Jesús: el puesto del anfitrión. Pedro no le perdía de vista ni un momento: ¿no iría a confiarle el terrible secreto que les unía desde hacía poco, y haría ver a Jesús que le estaban traicionando? ¿No se estaría arrepintiendo de haber introducido a Judas ante Caifás, para montar la trampa que debía cerrarse sobre el Maestro esa misma noche?

De pronto Jesús tendió la mano y cogió un bocado, que mantuvo un instante sobre el plato para que goteara la salsa: iba a ofrecerlo a uno de los invitados como un gesto de amistad ritual. Bruscamente se hizo el silencio. Pedro palideció y su mandíbula se puso rígida. «Si ofrece el bocado a este impostor —pensó—, todo está perdido: eso significará que acaba de traicionar nuestra alianza. Entonces le mataré y huiré...»

Con un gesto amplio Jesús tendió el bocado a Judas, que permaneció inmóvil al extremo de la mesa, como petrificado.

—Vamos, amigo... ¡Toma!

Sin decir palabra, Judas se inclinó hacia delante, cogió el bocado y se lo llevó a los labios. Un poco de salsa se deslizó por su barba.

Las conversaciones volvieron a arrancar, mientras él masticaba lentamente, con los ojos fijos en los de su Maestro.

Luego se levantó y se dirigió hacia la salida. Cuando pasó por detrás de ellos, su

anfitrión vio que Jesús volvía ligeramente la cabeza. Y fue el único que le oyó decir:
«Amigo mío... ¡Lo que tengas que hacer, hazlo pronto!».
Lentamente Judas abrió la puerta. Fuera, la luna de Pascua
aún no se había levantado: la noche era oscura. Ahora solo eran once en torno a Jesús.
Once y el discípulo bienamado.

Título original: Le secret du treizième apôtre

Primera edición: junio, 2007

© 2006, Albin Michel

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Lluís Miralles de Imperial, por la traducción